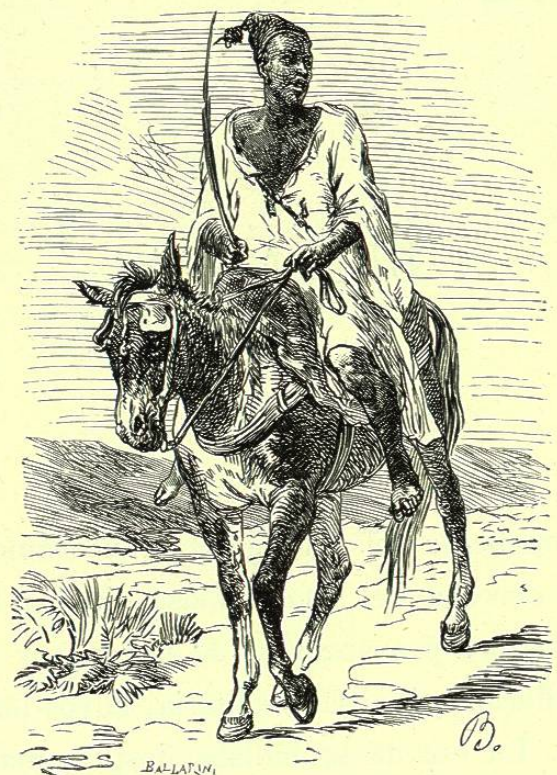


Escorpión

BEN-AUDA

AL amanecer del día siguiente, vadeamos el Kus, á la derecha del cual hállase situada la ciudad de Alcázar, y avanzamos de nuevo por en medio de una campiña florida, sinuosa y solitaria, cuyos límites se perdían de vista. La escolta se hallaba desparramada sobre un inmenso espacio, en un gran número de grupos que parecían otros tantos acompañamientos del Sultán. Los pintores iban galopando de uno á otro lado con el álbum en la mano y el lápiz entre los dedos, para bosquejar caballos y jinetes. Los demás de la embajada hablaban de la invasión de los godos, de comercio, de los escorpiones, de filosofía, pres-tándoles profunda atención el grupo de servidores á caballo que les seguían de cerca. Civo escuchaba atentamente los discursos filosóficos. En cambio Hamed se hacía todo oídos para atender á su dueño, el señor Patxot, que refería los

incidentes de una cacería, en la cual estuvo á pique de perder la vida entre los colmillos de un jabalí. Después de Selam era Hamed el personaje más importante entre la turbamulta de soldados, criados y palafreneros. Era un árabe de unos treinta años, de estatura elevadísima, moreno, de recia mus-



Civo

culatura, robusto como un toro, pero sin pelo de barba; con dos ojos grandísimos que miraban dulcemente, y con un sonris, una vocecita y una gracia en todos sus movimientos, que formaban con su cuerpo un notable contraste. Llevaba un gran turbante blanco, una chaquetilla azul y pantalón á lo zuavo: hablaba el español; servía para todo y en todo y con todos estaba complaciente, tanto que, Selam, hasta el bondadoso Selam, estaba de él algo celoso.

En cuanto á los otros, todos, cual más, cual menos, eran unos buenos muchachos que se desvivían para complacernos, de suerte que cuando alguno de nosotros, camino andando, volvía la vista atrás, encontrábase indefectiblemente con cien miradas que parecían preguntarle si se le ofrecía algo.

— ¡Lástima, — decía para mis adentros, — que no nos



Hamed

asalte una cuadrilla de ladrones para ver puestos á prueba el valor y decisión de estos bravos mozos!

Al cabo de dos horas de camino, comenzamos á encontrar algunas gentes. Fué el primero con quien topamos un negro á caballo, que llevaba en la mano uno de aquellos bastoncillos llenos de inscripciones árabes, llamados en la lengua del país *herrez*, que los religiosos dan á los viajeros como amuleto preciosísimo para librarse de ladrones y enfer-

medades. Después nos cruzamos con algunas viejas andrajosas, cargadas con sendos haces de leña. ¡Poder del fanatismo! Cansadas como iban por el peso y la edad, y encorvadas hasta tocar el suelo con la barba, todavía encontraron fuerzas para echarnos algunas maldiciones en el momento en que pasaron á nuestro lado. Una murmuró:



El conductor del correo

—¡Maldiga Dios á estos infieles!

Otra dijo:

—¡Librenos el Señor de los espíritus malignos!

Al cabo de otra hora de soledad, nos encontramos con un peatón, conductor del correo, un pobre árabe derrengado y macilento que conducía la correspondencia en una cartera de cuero echada á la espalda. Al encontrarse con nosotros, detúvose y nos dijo que venía de Fez y se dirigía á Tánger.

El embajador le dió una carta para este punto, y emprendió de nuevo el camino á paso ligero.

Tal es y no otro el servicio postal de Marruecos, no existiendo vida alguna más miserable que la de los pobres peatones. Sólo comen, camino andando, algún higo y algún mendrugo de pan, deteniéndose únicamente de noche para dormir algunas horas, tomando la precaución de atarse á la pierna un pedazo de cuerda que encienden antes de dormirse, para que les sirva de despertador; andan días enteros sin encontrar un solo árbol ni el más insignificante manantial; y atraviesan bosques poblados de jabalíes, trepan montañas inaccesibles á las caballerías, pasan ríos á nado, andan al paso, al trote, se dejan rodar por las pendientes, suben á gatas las cuestas, bajo el sol abrasador de Agosto, bajo las pertinaces lluvias del otoño, contra el viento sofocante del desierto, en cuatro días de Tánger á Fez, en una semana de Tánger á Marruecos, de un extremo al otro del imperio, solos, descalzos, semidesnudos y cuando han llegado... vuelven á partir. ¡Y hacen semejantes viajes por unas pocas pesetas!

Como á mitad del camino entre la ciudad de Alcázar y el sitio donde debíamos acampar, el terreno comienza á levantarse, de suerte que, paulatinamente y casi sin advertirlo, nos encontramos en una eminencia, al otro lado de la cual se descubría una nueva y dilatada llanura cuajada á trechos de flores amarillas, rosadas y blancas, lo cual daba al conjunto la apariencia de grandes alfombras de nieve bordadas de púrpura y oro.

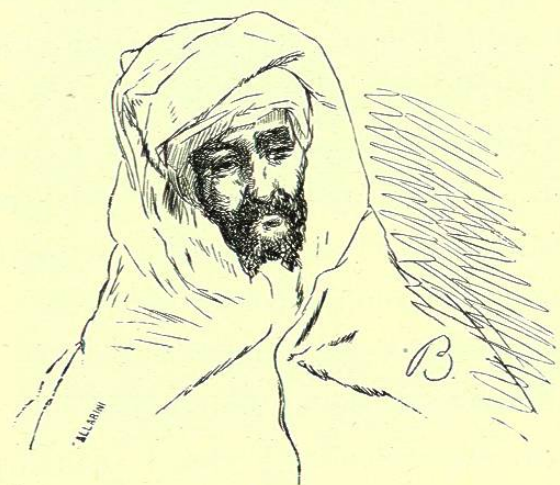
Venían á nuestro encuentro por mitad de aquella llanura doscientos jinetes al galope, con sus espingardas enhiestas,

precedidos de una figura completamente blanca, que Mahomed Ducali reconoció y anunció en alta voz:

— ¡El gobernador Ben-Auda!

Habíamos llegado al confín de la provincia de Seffian, llamada también Ben-Auda, del apellido de su gobernador, que quiere decir *Hijo de la yegua*; nombre que me había preocupado no poco antes de nuestra partida de Tánger.

Descendimos al llano: los doscientos caballeros del Seffian



El gobernador Ben-Auda

se formaron en línea, al lado de los trescientos de Larache, y el gobernador Ben-Auda se presentó al embajador.

Aun cuando viviera cien años no olvidaría aquella figura. Era un viejo enjuto de carnes, de mirada feroz, nariz encorvada, y con una boca desprovista de labios y cortada en forma de simicreulo hacia abajo. En su rostro veíanse escritas las señales manifiestas de la prepotencia, la superstición, el abuso de los placeres, el *kif*, la ociosidad y la saciedad de todo. Un gran turbante cubría no sólo su frente sino también sus orejas, y pendía de su lado un corvo puñal.

El embajador despidió al comandante de la escolta de

Larache, que se alejó inmediatamente al galope, seguido de sus jinetes, y emprendimos la marcha interrumpida, acompañados por la nueva tropa, que comenzó en seguida sus carreras y sus descargas.

Sus rostros eran más negros, sus trajes de más variados matices, sus corceles más soberbios, sus gritos más extraños, sus cargas más salvajemente impetuosas que las que hasta entonces habíamos contemplado. Al paso que adelantábamos, todo iba tomando rasgos y color marroquí más pronunciados.

Entre aquella muchedumbre llamó desde luego nuestra atención una docena de jinetes, que vestían con elegancia y riqueza de príncipes, y montaban caballos cuya belleza excedía á toda ponderación, tanto que se llevaban tras sí las miradas de los mismos árabes de la escolta. Cinco de ellos eran jóvenes apuestos y arrogantísimos, de elevada estatura, de rostro pálido y de ojos muy negros, que brillaban bajo la sombra de sus turbantes; parecían hermanos y pasaban y repasaban á nuestro lado á escape tendido, con la cabeza inclinada hacia atrás, en la apostura más arrogante que puede imaginarse. ¡Qué bien habrían parecido sobre aquellas sillas de púrpura, entre aquellos diez brazos convulsos, cinco odaliscas arrebatadas del harem del Sultán! — ¡Bravo! ¡Magnífico! ¡Soberbio! — decíamos, — y ellos contestaban espoleando sus corceles, y lanzando un grito de entusiasmo, y perdiéndose á lo lejos entre nubes de humo, y arrojando al aire en vertiginoso movimiento rotatorio sus largas espingardas damasquinadas de oro, con el febril entusiasmo del triunfo.

Los cinco eran realmente hijos, los restantes sobrinos del gobernador Ben-Auda.

Las carreras y las descargas duraron más de una hora, es decir, hasta tanto que llegamos á un jardín propiedad del

gobernador, junto al cual echamos pie á tierra, para tomar un pequeño descanso.

Era un bosquecillo de naranjos y limoneros dispuestos en filas paralelas, de modo que formaban una bóveda inextricable de verdura, bajo la cual se disfrutaba un ambiente fresco, perfumado, embriagador, paradisíaco.

En breves instantes aquel oasis delicioso vióse lleno y rodeado de caballos, mulos, pequeñas hogueras para preparar la comida, criados quehacerosos y soldados adormecidos.

El gobernador se sentó entre nosotros y nos presentó sus hijos.

Puedo asegurar que si en aquel instante hubiese visto lanzarse á su cuello á las cinco odaliscas, ni siquiera se me habría ocurrido envidiar semejante dicha, tan bellos estaban y tan agradables y majestuosos. Sucesivamente nos estrecharon la mano inclinándose graciosamente y bajando los ojos con timidez encantadoramente infantil.

Después de esto se dirigieron en busca del médico.

El señor Miguérez se presentó preguntando en qué podía servirles.

En nuestra presencia, sin proferir una palabra, descubrieron los cinco casi á la vez su brazo izquierdo...

¡Pobres odaliscas más!

Los cinco tenían aquel brazo desde el hombro á la mano, cubierto de un asqueroso herpe sifilítico.

—Hereditario, — dijo uno de ellos.

Y el padre, presente á esta escena, contentóse con decir indiferentemente:

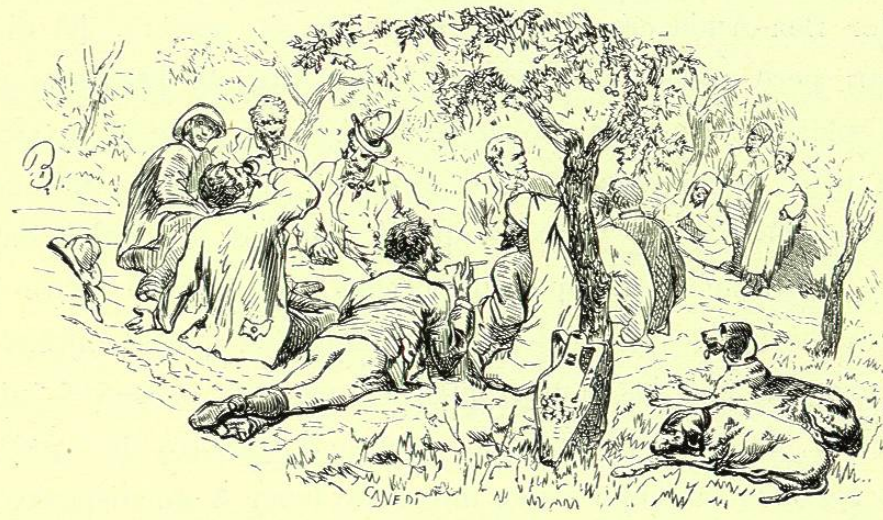
—Hereditario.

—¡Y tienen ahí mismo el agua sulfurosa!— exclamó el médico.—Fácilmente podrían curar; mas es inútil. Prefieren

perder el tiempo y la salud con los versículos del Corán y los amuletos de los charlatanes.

Indicó una medicina, cubrieron de nuevo el brazo y se alejaron un tanto preocupados.

Al cabo de un rato nos sentamos en medio del jardín, encima de una magnífica alcatifa de Rabat, sobre la cual nos fué servido el almuerzo. El gobernador Ben-Auda estaba sentado en una estera á veinte pasos de nosotros, y se hizo



Comida en el jardín de Ben-Auda

servir el almuerzo por sus esclavos. Entonces tuvo lugar un curiosísimo cambio de cumplidos entre él y nuestro embajador. Ben-Auda fué el primero en ofrecer un vaso de leche: el embajador le envió un *beefsteack*. Á la leche siguió la manteca; al *beefsteack* un frito: á la manteca un plato de dulce; al frito una lata de sardinas: todo esto acompañado de mil ademanes fríamente ceremoniosos, tales como llevar repetidas veces la mano al pecho, y levantar al cielo los ojos hasta ponerlos en blanco, con la más cómica expresión de gastronómica voluptuosidad.

Consignemos, entre paréntesis, que el dulce era una especie de tortada hecha con miel, huevos, azúcar y manteca, de la cual gustan mucho los árabes, existiendo respecto de ella una extraña superstición, que consiste en que la tortada se malogra hasta el punto de no ser prudente comerla, si en tanto que la mujer la está confeccionando, penetra casualmente un hombre en la habitación.

—¿Y vino? — dijo uno. — ¿No se le ofrece vino?

Aquí se suscitó una discusión. Asegurábase que el gobernador Ben-Auda era ferviente adorador, en secreto, del dios Baco; pero ¿cómo resolverse á beber vino en presencia de sus soldados? En vista de esto se decidió que no se le enviara. Con todo, tengo para mí que dirigía á las botellas miradas mucho más tiernas y dulces que á nosotros nos había dirigido. Durante el tiempo que permaneció sentado sobre la estera, excepción hecha de los momentos en que manifestaba su gratitud por los dones que le hacíamos, conservó una seriedad, un ceño, una expresión tal de despecho y de orgullo, que me hizo lamentar veces mil el no tener á mi disposición nuestros cuarenta batallones de *bersaglieri* (tiradores ó cazadores) para hacerlos desfilar en sus hocicos.

Mahomed Ducali me refirió durante el almuerzo un episodio importantísimo de la historia de los Ben-Auda, en cuyas manos y desde muy antiguo se hallaba el gobierno del Seffian. Los habitantes de esta comarca gozan fama de turbulentos y valerosos, añadiéndose que dieron pruebas de su empuje y decisión en la última guerra con España, en la cual, y en la batalla de Vad-Ras, el 23 de Marzo de 1861¹, murió

¹ Equivocación de pluma probablemente, pues dicha batalla tanto más gloriosa cuanto más empeñada, por lo mismo que en ella jugó Marruecos el todo por el todo, tuvo lugar en 23 de Marzo de 1860. — N. del T.

peleando como bueno Sidi Absalam ben-abd-el-Krim, Ben-Auda, en aquella sazón gobernador de toda la provincia del Algarbe. Á dicho Absalam sucedióle su primogénito Sidi-Abd-el-Krim. Era éste un hombre violento y disipador, que arruinaba sus pueblos á fuerza de gabelas, y les oprimía con caprichos del más feroz despotismo. Un día previno á un tal Gibeli Ruqui que necesitaba una gruesa suma: excusóse éste con su pobreza, y sin más cargóle de prisiones y lo encerró en una cárcel. En semejante situación, la familia, los deudos y los amigos de la víctima, vendieron cuanto tenían y llevaron á Sidi-Abd-el-Krim la cantidad reclamada. Gibeli salió de la cárcel y, apenas en libertad, congregó á los suyos, á los cuales hizo prestar juramento solemne de ayudarle en la empresa que iba á acometer, para acabar con el gobernador. La casa del Ben-Auda hallábase situada á dos horas de distancia de la ciudad, en las cercanías del jardín en que nos encontrábamos. Los conjurados la asaltaron de improviso y en gran número en las altas horas de la noche: degollaron á los centinelas, invadieron las habitaciones, cerraron á puñaladas con Sidi-Abd-el-Krim, con sus mujeres, sus hijos, sus esclavos, sus siervas, destrozaron cuanto existía en la casa, incendiaron el edificio, y después se lanzaron al campo dando el grito de rebelión. Los parientes y los partidarios de Ben-Auda reunieron sus gentes, dirigiéndose al encuentro de los rebeldes con ánimo de castigarles; mas éstos los vencieron y dispersaron, propagándose la conmoción hasta los últimos confines del Algarbe. En vista de las proporciones que había tomado la lucha, el Sultán envió un ejército: la rebelión, después de prolongada resistencia, fué vencida; las cabezas de los principales revoltosos fueron puestas en las puertas y murallas de Fez y Marruecos; la tierra de los Beni-Malek,